



DARIA GALATERIA
CONDENADOS
A ESCRIBIR
ESCRITORES ENTRE REJAS

Traducción del italiano de Francisco Campillo

IMPEDIMENTA

1. VOLTAIRE

Era 16 de mayo de 1717, día de Pentecostés. Al concienzudo comisario Isabeau no le gustaba arrestar a escritores: prefería a los delincuentes. Por su parte, Voltaire, que tenía solo veintiún años y aún se llamaba Arouet, con su cuerpo de lagartija e inquieto como una anguila, no se sintió intimidado en absoluto; por el contrario, aprovechó su detención para regodearse con una demostración de astucia. Y es que resultaba evidente que en aquel apartamento amueblado de la Rue Calandre había muy pocos papeles para ser la casa de un intelectual subversivo. Voltaire aseguró que todo lo que tenía estaba sobre su escritorio. «Ahorradme el trabajo de tener que reventar las cerraduras», amenazó el severo funcionario. Entonces Arouet confesó: «Está todo en el excusado».

En el siglo XVIII, toda casa de vecinos parisina contaba con una *Madame l'Intendant Merdière*, responsable de las letrinas. Nadie podía repararlas o vaciarlas sin que ella lo autorizara, de modo que fue requerida su presencia para satisfacer el olfato de unos policías en busca de documentos comprometedores. El subsiguiente informe rezumaba diligencia: «La vaciadora de retretes no encontró documento alguno, pues la cloaca estaba llena a rebosar y cubierta

de agua». Detallaba que *Madame l'Intendant* había hecho descender por el conducto una vela atada a un hilo, y que el propio comisario, inclinándose sobre el orificio de entrada, había podido verificar que no había rastro de unos papeles que, por lógica científica, de haber estado allí, habrían flotado sobre el agua que cubría la «sustancia sólida». Ahora bien, en caso de que su superior considerara necesario continuar la investigación en persona, el diligente funcionario se ponía a su absoluta disposición para vaciar por completo la instalación. Era 21 de mayo y, efectivamente, el jefe ordenó llegar «hasta el fondo». Durante el curso de la búsqueda, sucedió que un golpe de piqueta demasiado fuerte hizo desmoronarse el pozo negro, inundando el sótano. En medio del creciente hedor que comenzaba a expandirse por la casa y la calle, intervino la propietaria del edificio, que expresó su descontento con la situación de un modo más bien violento, pues los agentes le habían causado la pérdida de una buena cantidad de botellas de cerveza y vino de las cuales había hecho acopio. Presentó su caso ante el rey y ganó el pleito. Su Majestad tuvo a bien resarcir los daños, y el comisario comenzó a sospechar que todo aquello era una broma de Voltaire. Escribió sobre el asunto a su superior, denunciando que el joven poeta, «empujado por su espíritu malévol», le había dado intencionadamente indicaciones falsas sobre la ubicación de sus papeles para «causar molestias innecesarias».

Voltaire había comenzado a tener problemas con la autoridad con apenas veinte años, pues escribía, como hacían todos, atrevidos epigramas sobre el regente, Felipe II de Orleans, quien por lo general se lo pasaba en grande leyéndolos. Es cierto que los poemillas de Voltaire resultaban un tanto más escabrosos que los demás, pues ponían en verso y rima los amores del duque con su propia hija, la duquesa de Berry. Eran asuntos de todos bien conocidos, pero el superintendente de la Policía, el marqués de Argenson, consideró su deber vigilar al joven poeta.

Este se defendía con un argumento que usaría muchas veces: era imposible que él hubiera escrito unos versos tan horribles. A modo de halago, sus amigos más cercanos le decían en público que no fuera tan modesto: ellos mismos lo habían visto

componerlos. Ante la duda, Argenson condenó a Voltaire al exilio en Tulle. Tulle estaba en el Lemosín, tan lejos de París —¿habría allí alguna duquesa?, ¿hablarían francés?— que el joven pidió auxilio a su padre. El bueno del notario Arouet intercedió ante el regente para que enviaran a su descarriado hijo a Sully, «donde tenemos algunos parientes que podrán vigilarlo». La realidad fue que el desterrado se instaló en el castillo de un amigo, el caballero de Sully, donde pasó los días de una fiesta galante en otra. Voltaire escribe que su exilio es una delicia, aunque le preocupa que en París se enteren de que es así y se olviden de él. Sin embargo, Felipe lo perdona: Voltaire regresa a la capital y vuelve a escribir coplas subidas de tono sobre el regente. A todo esto, la policía lo persigue por causa de un libelo, *J'ai vu* («He visto»), que en realidad no ha escrito él, sino un tal Lebrun, quien, espantado por la resonancia que había alcanzado el *pamphlet* —hay que tener en cuenta que sus obras teatrales no habían logrado ningún éxito—, confirma encantado la autoría de Voltaire. Cuando el regente se encuentra con Voltaire en el Palais Royal, alude al *J'ai vu*: «Señor Arouet, me he propuesto que veáis algo que nunca habéis visto». «¿Qué es, alteza?» «La Bastilla.» «Ah, tenga en cuenta su alteza que ya la conozco.» Pero el duque no cambia de parecer, entre otras cosas porque Voltaire continúa regalando a la duquesa Du Barry con epítetos poco obsequiosos, el más suave de los cuales fue «Mesalina». Así, el día de Pentecostés de 1717 se decreta su arresto.

Un arresto podía ser un acontecimiento solemne, con veinte escoltas acompañando al destacamento de policía, o más modesto, con dos pobres agentes de uniforme andrajoso que detenían al sospechoso. Voltaire siempre contaría que el suyo fue del primer tipo, pero no era más que un alarde. El comisario fue de lo más amable y, cuando Arouet hizo amago de resistirse, le señaló a dos esbirros de uniforme raído apoyados en sendos recios bastones que no parecían destinados a los súbditos obedientes del rey ni a las personas bien educadas. Al fin, Voltaire entró dócilmente en el carruaje policial, no sin antes dejar caer aquel comentario sobre las letrinas.

Ya lo hemos contado: aquello bastó para que Isabeau se lanzara sin remilgos a chapotear en un mar de heces. Mientras tanto, en

la Bastilla limpiaron a fondo los bolsillos del recluso. Además de algunos luises de oro, encontraron papel, pluma y unas gafas; él se quejó, como era de esperar, e inmediatamente pidió que le llevaran cremas, perfumes, un gorro de noche, a Homero y a Virgilio. No le dieron papel, así que solo pudo escribir a lápiz en los márgenes de los libros un larguísimo poema épico, *La Henriada*, que acabaría leyendo toda Europa. Lo componía durmiendo —contaría después para desconcertar a quien quisiera escucharlo—, y lo escribía al despertarse.

En París ya comenzaban a considerarlo muerto en vida y a hablar mal de él cuando, el 11 de abril de 1718, tras once meses en el «pozo» de la Bastilla, el bondadoso regente tuvo a bien perdonarlo de nuevo. Le tocó cumplir un breve exilio, como de costumbre, que Voltaire pasó confortablemente en la casa de campo de su padre, al tiempo que bombardeaba al duque de Orleans con ruegos para que le permitiera asomarse por París: tres días, ni uno más. Los Bretuil, sus protectores —a quienes no les haría mucha gracia que el escritor acabara uniéndose a su hija, la marquesa de Châtelet—, consiguieron que fueran ocho, a los que se sumaría un mes entero, julio de 1718, y luego también agosto; en septiembre le llegaría el permiso ilimitado. Voltaire aprovecha este tiempo del modo más banal y también más rentable: buscando el éxito. Quiere llevar a los escenarios la tragedia que ha compuesto, *Edipo*. A los actores les parece insípida, y eso que incluye una escena copiada de Sófocles. Voltaire aligera la obra todo lo que puede y la estrena el 18 de noviembre. Todavía está en libertad condicional. El éxito es increíble: todos interpretan sus versos como si estuvieran cargados de punzantes dobles sentidos; el propio título parece una nueva alusión a los amores del regente y su hija; los ataques a la monarquía y al clero son transparentes. «Los curas no son lo que se piensa; / nuestra credulidad es la madre de su ciencia», puede leerse en un dístico. Los jesuitas opinan que esos versos altisonantes «propagan nefandos errores contra los ministros de los altares», pero el anticlericalismo de Voltaire no ha hecho más que comenzar. Escondido en su palco, a Arouet padre le queda claro que su hijo nunca habría sido

un buen notario y que es un bala perdida. Gruñía desesperado: «¡Vaya delincuente!, ¡vaya delincuente!». Desde ese mismo día dejó de pasarle su asignación.

Voltaire estaba contento y gozaba con la provocación. El príncipe de Conti le escribió en verso que había creído ver en él al mismísimo Racine redivivo, y el joven autor tuvo la temeridad de responderle con ironía cambiando los papeles: «Monseñor, os convertiréis en un gran poeta, y yo mismo haré que el rey os conceda una pensión». Conti no se enfadó ante este exceso de confianza; es más, Voltaire consiguió la pensión. Envío al regente un breve poema, *La Bastilla*, limpio de toda polémica. El duque, a quien comenzaba a parecerle divertido aquel jovencito, lo recibió. «Monseñor —le dijo Voltaire—, sería un detalle magnífico que su alteza tuviera a bien continuar ocupándose de mi manutención, pero os suplico que dejéis de ocuparos de mi alojamiento.» Con esa referencia a la manutención pretendía solicitar un dinero que el regente, en efecto, hizo que le concedieran en pago por su *Edipo*.

Para celebrar el éxito de su tragedia y demostrar el alcance de su benevolencia, Orleans le regaló además una enorme moneda de oro. El orfebre fue a casa de Voltaire para que este eligiera la cadena que más le gustara. «Mejor la de un pozo», respondió aquel desagradecido, incapaz de perdonar su triste estancia en la Bastilla. En su celda había escrito versos melancólicos: «Heme aquí, embastillado... comiendo frío y bebiendo caliente, / traicionado por todos, incluso por mi amante». Su amante era una adorable adolescente, Suzanne, hija del delegado regio en Sully, a la que Voltaire se había llevado consigo tras su primer exilio. Suzanne sentía la sagrada llamada de los escenarios, y Voltaire la había iniciado en el teatro. Incluso le había presentado a su mejor amigo, Génonville, a quien Suzanne comenzó a apreciar hasta el punto de llegar a repartir su dedicación equitativamente entre ambos hombres. Cuando Voltaire la sorprendió en brazos de Génonville, en principio echó mano a su espada, pero al final los tres acabaron llorando y compadeciéndose recíprocamente. Voltaire sopesó si su amor por Suzanne duraría tanto como el afecto que sentía por su amigo y concluyó que no. Decidió que ella era una actriz mediocre y se la

dejó al otro; Suzanne, por su parte, se encargó de decirle a todo el mundo que Arouet era *un amant à la neige*. Quien sí acabó desarrollando una sincera simpatía por Voltaire fue el propio regente, que al encontrárselo en la ópera y con el propósito de mostrarse amable con un intelectual, le habló con pasión de las novelas de Rabelais; Voltaire reaccionó con indiferencia. Al fin y al cabo, ya hemos dicho que por entonces estaba entregado no tanto a la literatura como, sobre todo, a ganar dinero.

Mucho menos cortés se mostró Federico de Prusia. El soberano escribía versos y le había pedido a Voltaire que los revisara; luego hizo imprimir a escondidas unos pocos ejemplares en un cuartucho del castillo de Postdam. Sus cortesanos insuflaron en Federico la sospecha de que Voltaire lo estaba ridiculizando en público. Por tal causa, mientras el filósofo se encontraba en la ciudad libre de Fráncfort, el soberano lo encerró «en el más odioso tugurio» de toda Alemania, y el ministro residente del rey de Prusia, acompañado por unos ciudadanos de aspecto inquietante, se presentó en su estancia y exigió que le devolviera la llave del chambelán y todas las cartas y poemas de su soberano. Era el 1 de junio de 1753; el residente requisó todo el dinero de Voltaire, de su secretario y de su sobrina y amante madame Denis, quien, intuyendo el peligro, había acudido en su ayuda. Voltaire, teniendo siempre presente el adagio de Beaumarchais («Si me acusan de haber robado la torre de Notre-Dame, primero me pongo a salvo y después lo niego»), decidió poner tierra de por medio, dejando atrás a madame Denis con el equipaje. Pero interceptaron su carruaje, y Voltaire, tan acostumbrado a la admiración y el triunfo, se vio en este caso cubierto de improperios. Mientras tanto, el manuscrito de *La doncella de Orleans* había quedado a buen recaudo dentro de los calzoncillos de su secretario. En cierto momento, el escritor se había escabullido, perseguido por toda clase de criados y soldados que se encontraban en los alrededores, y se había inclinado para vomitar en una esquina. «¿Os sentís mal?», le preguntó alarmado su secretario. «Puro teatro, estoy fingiendo», susurró en italiano con dos dedos en la garganta. Pero la huida resultó imposible. Mientras tanto, madame Denis, en la pensión Caprone, ahora con un batallón de

soldados por doncellas y sus bayonetas por cortinajes, no dejaba de quejarse ante el emisario real, a quien todas aquellas vicisitudes le habían dado sed y había ordenado que le sirvieran la cena: comió serenamente, sin hacer el menor caso de los desgarrados llantos de la dama.

Fue el propio Federico quien, informado de los acontecimientos, optó por dejar libres a sus huéspedes franceses. Voltaire aprovechó entonces para perseguir, pistola en mano, a quienes antes lo habían acosado a él, y no resultó fácil detenerlo, como tampoco fue sencillo explicar los antecedentes de lo sucedido al jefe de la comisaría donde todos fueron a parar.

Mientras con su obra sentaba las bases para un nuevo mundo, Voltaire se hizo construir una elegantísima residencia en Ferney, en la frontera con Suiza, para poder huir fácilmente ante una eventual amenaza de arresto. También la que iba a ser su tumba se encontraba en terreno fronterizo: mitad en tierra sagrada, mitad fuera de ella. Lo cierto es que el genio acabó su vida en olor de multitudes en París, pero los problemas llegaron con el cadáver. Antes de que muriera, y con el fin de evitar la infamia de una fosa común, sus sobrinos suplicaron a las autoridades eclesiásticas que le concedieran un entierro religioso; ofrecieron a cambio la posibilidad de una retractación y luego una confesión por parte del moribundo. A los clérigos les fue fácil responder que Voltaire no hacía otra cosa que arrepentirse de haberse arrepentido, y que ese último arrepentimiento no era más que una parodia. El jefe de Policía y el ministro Amelot intervinieron en vano ante el arzobispo. Los sobrinos eran miembros del Parlamento, pero les dieron a entender que, si redactaban una petición a tal efecto, las autoridades la rechazarían y ellos se verían obligados a dimitir. Interpelaron con discreción al propio rey, quien respondió que «la única solución posible era dejar hacer a los curas». Fue entonces cuando uno de los sobrinos, el abad Mignot, de acuerdo con su primo, tomó una decisión fuera de lo común: llevarían clandestinamente el cadáver hasta la abadía de Seillières, de la que era comendatario y cuyo prior a buen seguro permitiría que en ella se sepultara el cuerpo.

París no sabía aún que Voltaire había muerto. En la noche del 30 al 31 de mayo de 1778, sus sobrinos convocaron en la habitación del difunto a un cirujano y a un farmacéutico, quienes procedieron a embalsamar rudimentariamente el cuerpo. Cortando a tiras tres sábanas, vendaron como una momia aquellos miembros deslavazados y los dejaron rígidos. Envolvieron el cadáver en un valioso batín de andar por casa y lo ataron sentado con correas en una carroza junto a un pobre criado, que por poco no murió del susto. Se dispusieron seis caballos, pues el tiempo apremiaba. Los sobrinos lo seguían en otro carruaje. A las puertas de París, los empleados de la aduana despidieron al celebrado personaje, y el vehículo se perdió a toda velocidad. El prior de Seillières quiso incluso sepultarlo en la propia iglesia, junto al coro, por lo que hubo que fabricar allí mismo un ataúd con cuatro planchas de madera. A las cinco de la mañana se celebró el funeral. Y así fue como en honor a Voltaire, a quien París negó la sepultura, se cantaron seis misas en tierras de la Champaña.